Juegos olímpicos en la Grecia antigua

Por GUSTAVO GLOTZ

Cada cuatro años partían de Olympia mensajeros de Zeus que recorrían todas las tierras en donde se levantaban ciudades griegas: Egipto, Sicilia, Galia, desde el fondo del Ponto Euxino hasta las Columnas de Hércules. Anunciaban la inauguración de las fiestas y proclamaban la tregua sagrada. Desde este momento, todo mundo podía transitar por los caminos con plena seguridad hacia el sitio de la cita santa. En plena guerra no había el menor riesgo: un temible código sancionado por el Dios de los Juegos, protegía contra todas las violencias. El territorio de la Elíde, en donde se hallaba situada Olympia, se declaraba inviolable. ¡Ay, del extranjero a quien se le ocurriese invadirlo en són de guerra durante las fiestas! Los sacrílegos recibían todo el peso de la maldición divina y para que se les perdonase tenían que pagar una multa de dos minas por cada soldado culpable. De esta manera Zeus Olímpico extendía sobre todos sus huéspedes la diestra tutelar.

La llegada a Olympia era espectacular. A orillas del Alfeo, en su confluencia con el Cladeus, en una llanura milagrosamente fértil rodeada de colinas de finos contornos que el monte Cronios dominaba con sus faldas boscosas, el viajero descubría de pronto el recinto sagrado, el Altis, y dentro de aquel cercado un armonioso conjunto de mármoles blancos y verdura, templos que surgían de prados de asfodelos y estatuas erigidas en medio de bosquecillos de olivos y de plátanos. Maravillosa decoración aquella, animada durante los festejos por la vitalidad intensa de un pueblo meridional embriagado por la alegría.

La muchedumbre era incontable. El estadio podía contener por lo menos cuarenta mil espectadores. Las mujeres todavía en aquellos tiempos se hallaban excluídas de todas las fiestas. Desde el alba hasta muy avanzada la noche, todo aquel mundo abigarrado se agitaba incesantemente, corriendo de una parte a otra, riendo y cantando. La gente se alojaba y nutría por su cuenta. No había una ciudad en Olympia. Los representantes oficiales de las ciudades amigas tenían derecho a la más generosa hospitalidad; los jefes de las mi-

Rosario Archivo Histórico

siones encargadas de ofrecer sacrificios a Zeus eran invitados permanentemente a los banquetes del pritaneo. Los que tenían medios de viajar a caballo o en carro llevaban consigo una tienda y la instalaban a orillas del río, en donde se formaba una aldea improvisada de techos multicolores. La mayoría pasaba la noche a la luz de las estrellas. Era en verano, de julio a septiembre, en el momento del plenilunio: las noches eran tibias; ni una sola nube en el cielo luminoso ni el menor rastro de humedad en el aire transparente. En cuanto a los aprovisionamientos, la sobriedad griega los hacía fáciles: algunos higos y unas cuantas olivas que cada cual llevaba consigo o que se compraban en una barraca, y eso bastaba.

Deliciosos días en verdad para aquellos espíritus vivos, curiosos, seducidos por todo lo que resuena y brilla, artistas enamorados de los bellos espectáculos. Pero no gastaban todo su tiempo en los juegos. A lo largo de los caminos y aún de los mismos muros de Altis se sucedían los muestrarios de los tenderos foráneos: allí encontraban su delicia los curiosos, y los campesinos se ponían al corriente de la última moda. Se escuchaba un instante los coros de los bateleros y se echaba un vistazo a los circos de acróbatas. Pero pronto la gente se escapaba para presenciar el paso de una procesión y admirar las imágenes de los dioses y la dulzura de las piadosas melopeas. De cuando en cuando se levantaba poderosa la voz de un heraldo: proclamaba algún decreto dictado por una ciudad o un tratado internacional, pues la reunión de tantos hombres era una excelente ocasión de publicidad. La gente acudía tumultuosa al pórtico del Eco, para oir el mismo grito repercutir siete veces. Los curiosos se detenían, aquí y allá, ante un altar humeante a cielo abierto, en donde al són de flautas y entre danzas religiosas, una teoría de vestes blancas, bordadas de oro y ribeteadas de púrpura, ofrecía el triple sacrificio. Paseábase también la gente sobre la terraza de los Tesoros, y cada cual buscaba a lo lejos el edificio erigido por su ciudad. Se pasaba revista a las estatuas de los atletas y a todas las estatuas de Zéus pagadas con el producto de las multas. Pero la mayor distracción era la visita a los templos. Se frecuentaba especialmente el Heraión para admirar el Hermes de Praxiteles, dechado perfecto de aquella flor de juventud, de aquella fuerza mesurada y de aquella gracia viril que corresponde a los efebos prometidos a la victoria. Frecuentábase también el santuario de Zéus, en donde los devotos se extasiaban contemplando los frontones o el ágil vigor de la Victoria de Paenios. Una vez dentro del santuario, la muchedumbre enmudecía de admiración y de sagrado temor

ante el Dios que aparecía en el fondo, tal como lo entreviera Fidias en un momento de exaltación imponente y tranquilo, soberanamente fuerte y bueno, ante "el padre de los dioses y de los hombres", ante Zéus olímpico.

No tardaba en tejerse la trama de amables conversaciones entre los desconocidos. Mostrábanse mutuamente los grandes personajes extraviados en la multitud. Hé ahí a Temístocles, el mismo a quien ayer se aplaudió tan vigorosamente cuando se presentó en el estadio. Hé ahí a los poetas, como Píndaro o Simónides, que acababan de contemplar las hazañas de los atletas y se preparaban a celebrarlas buscando clientes; hé allí a los filósofos, como Pitágoras, Sócrates, o Diógenes, a cuyo alrededor la gente se aglomera para instruirse, para meditar sus sabias máximas o para celebrar sus salidas ingeniosas; hé allí a los sofistas y a los oradores, como Gorgias o Isócrates, Licias o Demóstenes. Las noticias del día corren de boca en boca. Será verdad que Thales de Mileto murió de fatiga al llegar a Olympia, o que Chilón expiró de alegría al saber que su hijo fue coronado? Corre el rumor de que Peregrinos el Cínico va a quemarse vivo en público: ¿convicción o vanidad? ¿Qué cortejo grotesco es aquél de dioses gesticulantes en pos de ese Zéus de una majestad bufona con su corona y su cetro? Trátase de un médico de locos, loco él mismo, con su cortejo de dementes. Pero evitemos toda división triste en estos días de gozo y esparcimiento. Vamos a ver la exposición de pintura. ¿Quién es el que se pavonea aquí bajo un manto de púrpura? Ah!, lleva su propio nombre bordado en letras de oro: es Zeuxis. ¡Cuanto talento y cuánto orgullo! Después de todo, aquellos pintores merecen todas las prerrogativas desde el momento en que su arte les ha permitido contraer matrimonio en Olympia con ricas herederas. Ahora sigamos la muchedumbre que se aglomera tras el templo de Zéus: Sobre la terraza que precede al hospitodomo se celebran sesiones literarias. Allí, según se dice, leyó Herodoto sus Historias ante algunos de los personajes cuyas propias hazañas relataba; allí se declamaron miles de panegíricos; allí se cantaron por primera vez las Olímpicas de Píndaro con acompañamiento de música y danzas. Allí también muchas injustificadas pretensiones se estrellaron contra un doble escollo: el carácter independiente y el gusto refinado de un auditorio de helenos. Los versos de Dionisio el Tirano, recitados por toda una legión de artistas, no por eso fueron menos silbados hasta que los recitadores emprendieron la fuga bajo una tempestad de burlas y de risas.

Pero ninguna de esas distracciones lograba atraer a los

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

concursantes. Durante cuatro años sólo los habían embargado un pensamiento: la victoria, y no habrían de comprometer el éxito en el momento decisivo por una distracción. Los propietarios, por su parte, habían gastado sumas enormes en sus caballerizas. Querían que sus bestias estuviesen en forma para presentarse a la prueba suprema. Los atletas, desde que se inscribieron en el registro oficial, es decir, un año antes, hallábanse sometidos a un entrenamiento sistemático y sabio. Y todos los resultados adquiridos podían perderse en un momento de debilidad.

Vida dura la de aquellos atletas. Absoluta regularidad de costumbres: ningún exceso de ningún género; nada que pudiese perjudicar su vigor y su agilidad. Al principio se nutrían de queso fresco. Pero Dromeus de Stimphalia no pudo resistir semejante régimen y lo cambió por carne: golpe tras golpe, obtuvo una docena de victorias. Aquello fue para la carne una resonante rehabilitación. Triunfó el buey. El personal de los gimnasios se hizo servir en adelante enormes cuartos sangrantes. Cuando Milón de Crotona se paseaba con un toro sobre los hombros, sencillamente era su almuerzo lo que llevaba.

Muchos atletas pasaban el período de ejercicios en Elis. Aprendían así por la práctica, el reglamento observado en Olympia. Las carreras comenzaban antes del alba; los ejercicios de fondo, a medio día. Además, todos los concursantes, excepto los vencedores de las precedentes olimpíadas, estaba nobligados a permanecer treinta treinta días en el gimnasio de Elis. Había que clasificarlos de antemano por categorías de pruebas y por edades. Los funcionarios encargados de esta clasificación tenían que contrarrestar muchas trampas y supercherías. La ambición precoz trataba de lograr una admiración prematura; los atletas de edad intermedia entre los niños y los adultos, procuraban deslizarse en una categoría en donde obtenían una superioridad demasiado fácil. No había ningún acto público para fijar las fechas de nacimiento; no había más recurso sino ver actuar a los jóvenes para averiguar su fuerza real.

Las discusiones eran frecuentes; Eurípides, por ejemplo, se retiró de las filas, porque no quiso aceptar la decisión oficial sobre la categoría que convenía a sus diez y siete años. La vigilancia de los ejercicios preparatorios correspondía ya a los magistrados de Elis que debían presidir los concursos. Eran los "jueces de los helenos", los helanodios. Eran diez. Este colegio elegía un presidente, y luégo se repartía en tres comisiones de tres miembros cada una, encargadas, respectivamente, de organizar las carreras de caballos, el pentatlo y los demás concursos. Durante diez meses los helanodios conferenciaban diariamente con los encargados de hacer cumplir los reglamentos: era una larga discusión para desembrollar la madeja de una jurisprudencia horriblemente enmarañada. Durante diez meses, tenían que llegar antes del alba al gimnasio. Llegada la hora del reposo en un pórtico situado sobre el ágora, todavía entonces tenían que ocuparse en vigilar desde un sitio adecuado, con vista sobre las pistas, el entrenamiento de los caballos. No podía perder un instante para adquirir el conocimiento teórico y práctico indispensable a buenos jueces de campo.

Más o menos un mes antes del festival, gimnastas y magistrados a quienes escoltaban parientes y amigos, entrenadores, maestros, partían de Elis para Olympia en procesión solemne. Hacían parte de ella naturalmente, los caballos de carreras, junto con un numeroso personal de palafreneros y cocheros y *jockeys*. No se tomaba el camino más corto, o sea el de la montaña. Lentamente, en dos jornadas, se seguía la vía sacra, a la vista del mar. Cincuenta y ocho kilómetros de marcha. Se hacía alto en la fuente Piera, para inmolar un puerco y celebrar las lustraciones: había que purificarse si se quería hollar el suelo sagrado del Altis bajo auspicios favorables. Llegados a Olympia, los helanodios convocaban a los concurrentes al palacio del Consejo. Allí, ante el altar de Zéus Orkios, frente al dios que blandía un rayo en cada mano, en pie sobre las carnes palpitantes de la víctima, hacíanles jurar que no cometerían ningún fraude. A su turno, los jueces prestaban juramento de que juzgarían con toda equidad, de que no se dejarían corromper y de que guardarían un estricto secreto sobre los motivos de sus sentencias.

GUSTAVO GLOTZ

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

Rumbos de la Pedagogía Contemporánea

POR EL HERMANO GASTON MARIA DE LAS EE. CC.
DOCTOR EN FILOSOFIA Y LETRAS DEL COLEGIO MAYOR
DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

El libro más científico, completo y erudito sobre las modernas actividades pedagógicas.

Prólogo del Ilustrísimo y Reverendísimo señor doctor don
José Vicente Castro Silva

Edición de 432 páginas en 16°. Valor del ejemplar $ 3-00

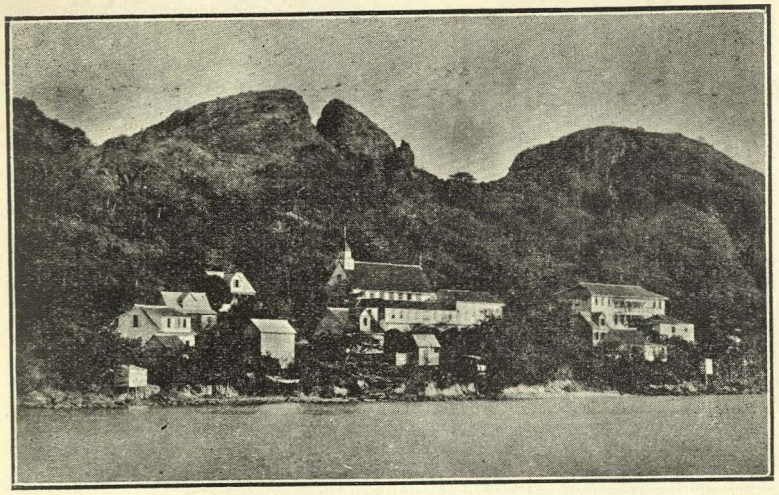
De venta en las principales librerías y para despachos fuera de Bogotá, en la EDITORIAL CENTRO S. A., carrera 5a. No. 9-62.
Apartado nacional 1236.-Bogotá.

CLINICA DE URGENCIA

SARVICIO PERMANENTE DE PRACTICANTES

Tratamientos - Turnos - Curaciones
Sueros - Oxígeno - Profilaxia

Carrera 6a., No. 13-49 - Teléfono 4-5-7



Cada fin de semana

una excursión diferente por alguno de los
F. C. NACIONALES

PARA TRABAJAR CON MAS EXITO...
HAY QUE SABER DESCANSAR

UN VIAJE DE TURISMO

con la familia o con amigos aprovechando los TIQUETES COLECTIVOS para recorrer de 300 kilómetros en adelante por todos los

F. C. NACIONALES

con derecho a trasbordar de una línea a otra.

Válidos durante 30 días

Consejo Administrativo de los F.C. Nacionales

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

Banco de la República

BALANCE CONDENSADO EN 30 DE JULIO DE 1938

ACTIVO

ísico en caja y en el exterior: 95.862 onzas finas a Dls. 35 ls.20.649.855.17 al 178% o/o $	36.756.742.21
sitos en bancos del exterior: es: 2.678.967.93 al 178% % icos: 996.323.76 a $ 0.58 a uno	4.768.562.91
	577.867.77
especies legales	3.565.035.96
mos y descuentos a bancos ac- nistas	14.691.088.53
mos y descuentos a particulares mos a la Federación Nacional Cafeteros	2.690.881.93
	650.000.00
mos al Gobierno Nacional	29.897.652.17
mos a otras entidades oficiales	50.000.00
nes del Bco. Central Hipotecario	12.000.000.00
nentos de deuda pública	16.695.752.60
os del Banco	2 343.887.76
que garantiza los certificados	7.180.000.00
activos	1.599.400.72
Suma el Activo $	133.466.872.56

PASIVO

Billetes del Banco en circulación $	52.651.780.50
Cédulas de Tesorería en circulación	23.296.00
Depósitos	37.756.553.70
Bancos del Exterior: RM. 1.897.855.65 a $ 0.58 c. u.	1.152,956.28
Capital pagado	11.735.800.00
Fondo de reserva	3.859.773.31
Reservas eventuales	588.716.33
Cuenta especial de cambio. Ley 7a. de 1935	17.890.405.20
Certificados de plata en circulación	7.080.000.00
Otros pasivos	627.591.24
Suma el pasivo $	133.466.872.56

COMPARACION

	Julio 30	Julio 23	Aumento	Disminución
ísico y fondos del Exterior: Dls	23.328.823.10	23.198.101.33	130.721.77	
es del Banco en circulación $	52.651.780.50	52.799.063.00		$ 147.282.50
sitos	37.756.553.70	38.018.958.49		262.404.79
mos y descuentos	47.979.622.63	48.496.574.51		516.951.88
va legal para billetes	68.09 %	67.82 %	0.27 %	
va total para billetes	68.14 %	67.87 %	0.27 %	
va legal para depósitos	25.00 %	25.00 %		

El Gerente, JULIO CARO.—El Subgerente-Secretario, MARIANO OSPINA VASQUEZ
El Auditor, HERNANDO ACOSTA V.